

¿Regresión democrática o neototalitarismo?

El caso de Venezuela

Heinz Sonntag

El título de mi intervención está entre signos de interrogación: “¿Regresión democrática o neototalitarismo?”, esto tiene significado, particularmente, en cuanto a la invitación a todos ustedes a escuchar lo que voy a intentar decirles, para que así formulen su propio juicio acerca de lo acertado o no de mi análisis a la luz de los datos empíricos e interpretativos que existen en la América Latina de hoy.

Hablar sobre el régimen de Hugo Chávez Frías en Venezuela es, ciertamente, una tarea ambigua. Por un lado, parece fácil, puesto que su principal autor es también el que habla sobre su gobierno hasta el cansancio; por otro, es complicado por la necesidad de desentrañar este florido discurso permanente ¿qué es verdad y qué es mentira?, ¿qué es una simple advertencia y qué sería amenaza?, ¿qué es un anuncio de la esencia filosófica política y qué es propaganda, o qué es la destrucción de los rasgos aleatorios o coyunturales? A ello se agrega la dificultad de insinuar, aunque sea a grandes pincelazos, las circunstancias que han convertido a nuestra sociedad y su sistema político en ejemplo de la democracia realmente existente de América Latina, siendo inminente el peligro de su erradicación.

Desde 1936 —momento que nuestro gran Mariano Picón Salas señalaba la entrada de Venezuela al siglo XX, y con ello a una modernidad incipiente— hasta enero de 1959, el desarrollo socio-político estaba marcado por la existencia de dos proyectos. Uno encarnando en los partidos políticos y especialmente en la Acción Democrática (AD) por parte de Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Luis Beltrán Figuroa y otros, que percibían como vía a la modernidad la democratización de la sociedad y el Estado. El otro proyecto, representado por la burguesía, simbióticamente local e internacional, veía la “modernización” en la economía y en el mantenimiento de un Estado autocrático. La revolución de octubre de 1945 realizada por una alianza de AD con

jóvenes militares, parecía indicar la victoria del primer proyecto, pero sucumbió en noviembre de 1948 a la reacción violenta de los representantes del segundo, cuando tumbaron el gobierno del presidente Rómulo Gallegos. La dictadura militar, propiamente tal desde noviembre de 1952, gracias al fraude de las elecciones ganadas por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, lideró un gobierno modernizador en cuanto a la economía y la infraestructura del país, pero absolutamente desdeñoso de las aspiraciones a los bienes de los sectores medios y, sobre todo, de las grandes mayorías.

La ruptura de la burguesía con Pérez Jiménez, en 1954, sobre la cuestión de la propiedad estatal o privada de las incipientes industrias básicas allanó el camino de la construcción de una alianza entre AD y otros partidos representativos de los sectores medios, la cual derrocó la dictadura finalmente en enero de 1959. El Pacto de Punto Fijo y el advenimiento del pacto patronal-obrero, ambos de 1959, sentaron las bases para la democracia, la cual se hizo realidad con las elecciones de ese año, ganadas por AD, con Rómulo Betancourt como presidente. Los próximos 25 años, los diferentes gobiernos electos avanzaron en lo político a una democracia social de derecha —con los defectos y deficiencias de la democracia realmente existente— y en lo económico, en el proyecto de desarrollo contenido en la doctrina de la comisión económica de la ONU para América Latina y el Caribe, el llamado “desarrollismo”. Se nacionalizó la industria del hierro y del acero en 1975, y luego todas las actividades vinculadas al petróleo en 1976; en ambos casos, con la pretensión de que las nacionalizaciones no implicaban la conversión de las empresas. Eran las típicas empresas de otros Estados con regímenes populistas, víctimas de apetitos económicos financieros y del poder de políticos, funcionarios y de la burguesía. En esta pretensión persistieron, hasta que llegó al poder el teniente coronel Hugo Chávez Frías en 1999.

Desde mediados de los años ochenta del siglo XX, se evidenciaron ciertas grietas en el funcionamiento de la democracia. Los pactos, explícitos y tácitos, dejaron de funcionar, las negociaciones entre los distintos actores y los compromisos se hicieron más y más complicadas, los partidos se encapsularon alrededor de sus liderazgos y recientemente perdieron su capacidad de mediadores entre los ciudadanos y el Estado, y a la inversa. Mientras, el Estado no pudo satisfacer las

demandas, tanto socio-políticas como económico-sociales de los ciudadanos. Una crisis con dos caras se extendió: la representatividad de los partidos y la de legitimidad del Estado, entendiendo por crisis una situación de duración variable, en la que el cúmulo de conflictos y controversias es mayor a la habilidad de los mecanismos socio-institucionales del sistema para resolverlos. Quizá el hecho más emblemático fue la revolución espontánea y masiva de 27, 28 de febrero y 1 de marzo de 1989, resultado de la frustración acumulada generada en los más sectores del pueblo venezolano.

Es importante destacar que Hugo Chávez Frías y sus más cercanos seguidores militares vivieron su socialización política y empezaron sus conspiraciones en este periodo problemático; aunque el mismo Chávez ha señalado que creó su primera célula subversiva a finales de los años setenta, siendo subteniente. Es este mismo grupo el que intenta, en febrero y noviembre de 1992, dos golpes militares en contra del gobierno legítimamente establecido de Carlos Andrés Pérez. Al rendirse Chávez, en la primera intentona el 4 de febrero, habla públicamente por televisión, bajo la supervisión del vicealmirante Elías Daniels, entonces jefe del Estado Mayor Conjunto, y acuña una de sus frases que convirtieron en simbólicas: “Hemos perdido, al menos en la capital... Aunque mis camaradas obtuvieron sendas victorias en sitios en el interior de la república... Es una derrota, ¡por ahora!”. Yo no sabría dar cuenta de cuántas veces Chávez ha usado este “por ahora” en sus domingueros programas *¡Aló, presidente!*, más de 300 veces trasmitidos hasta la fecha —o sea los domingos de seis años seguidos—; en todo caso, cada vez que ha tenido que corregir, derrocar o cambiar alguna medida que había anunciado antes con bombos y platillos, utilizaba el “por ahora”.

Antes, en el periodo pos-rebelión de 1989, el presidente Carlos Andrés Pérez, rodeado por un gabinete ejecutivo —mayormente jóvenes tecnócratas e intelectuales—, había firmado en febrero de 1989 un acuerdo con el FMI (Fondo Monetario Internacional) con el apoyo del Banco Mundial, el cual buscaba aplicar una versión del programa de ajustes estructurales de la época. A juicio de muchos analistas nacionales —es decir, venezolanos— y de otros países latinoamericanos e internacionales, las reformas fueron exitosas. El Producto Interno Bruto creció de 6.5% a 10% entre 1990 y 1992. Se redujo la inflación de 84.5% en 1989, y a 31% dos años más tarde. Las

reservas internacionales crecieron, el balance comercial tuvo excedentes entre 1989 y 1992. Esto es, desde el punto de vista macroeconómico, habrían estado dadas las condiciones para hacer un intento de retornar a la exitosa democracia que realmente existió entre 1959 y, digamos, 1983 o 1984. Sin embargo, Pérez gobernó sin buscar los consensos y acuerdos con los demás actores, especialmente los políticos, incluyendo a los de su propio partido AD; de modo que los éxitos no fueron percibidos por la sociedad como posibilidades para detener la regresión democrática. Amén del logro de sus enemigos. Podemos encontrar, por una parte, que estaban siendo encabezados por José Vicente Rangel, político y periodista cuyo apoyo ya estaba comprometido con Chávez; por el otro, debemos añadir que la Corte Suprema declarara a lugar la solicitud de un juicio contra Pérez, acusado por una medida administrativa de transferencia de una partida presupuestaria para fines de otra naturaleza —al comienzo de su gobierno—, lo cual condujo a su renuncia.

El siguiente gobierno de Rafael Caldera, iniciado en 1994, quedó gravemente atormentado por una de las más severas crisis del sistema financiero que ha vivido la República Venezolana, a causa de sus dificultades para realizar las reformas que había prometido, con el apoyo de partidos de izquierda, no logró parar la regresión democrática. La frustración del pueblo no disminuyó, el descontento con la democracia no se superó, la crisis de la legitimidad del Estado no amainó. Caldera indultó, por cierto, en abril de 1994 a los cinco tenientes coroneles retirados del ejército, entre ellos Chávez, que habían encabezado el intento de golpe del 1992 e influido sobre la intentona el 27 de diciembre del mismo año.

En el lapso de 1990 y 1998, Chávez y sus camaradas entraron activamente en la vida política pública, antes habían conspirado con militares e intelectuales de “izquierda” que los habían visitado en la cárcel. Entre 1994 y 1996, Chávez negó que fuera a participar en las elecciones presidenciales de 1998, las cuales declaró —de hecho, a las elecciones en general— como “mecanismo burgués de la domesticación de las masas”. Hizo varias visitas a Cuba, donde fue recibido cual jefe del Estado en el aeropuerto de La Habana por Fidel Castro, al pie de la escalera del avión en el cual llegó. El estrecho lazo con el gobierno de la isla y el movimiento chavista data a partir de estas visitas.

En las elecciones regionales de diciembre 1995, sus seguidores obtuvieron muchos votos. Uno de sus camaradas, el teniente coronel del ejército retirado, Francisco Arias Cárdenas, fue electo gobernador del estado de Zulia, uno de los más importantes y ricos en petróleo de la república. Esto cambió la opinión de Chávez. Con la ayuda de algunos personajes de “izquierda” como Luis Miquilena, José Vicente Rangel, miembros del PCV (Partido Comunista de Venezuela) y algunos de sus camaradas militares fundó un partido político, el Movimiento Quinta República —no me pregunten por qué “quinta república”, porque no lo ha podido averiguar hasta la fecha nadie—, el cual estableció alianzas con otros partidos —como Movimiento al Socialismo, lo que le costó a este partido la escisión y salida de sus prominentes líderes Pompeo Mércuez y Teodoro Petkoff— y también con otros grupos más pequeños. De este modo empezó su campaña electoral.

Vale acotar que el programa que presentó Chávez al público en general fue, en el mejor de los casos, reformista y populista. Hasta tal punto, que en una entrevista con la cadena BBC defendió la propiedad privada, el funcionamiento de la economía con base en el mercado, la independencia política de la empresa petrolera, la libertad de expresión y asociación, y de los medios de comunicación, así como los vínculos entre Venezuela y Estados Unidos. Ésta y otras entrevistas de similar contenido han sido reproducidas desde que resultó claro que la realización de su proyecto implicaba la negación de los principios que él mismo había defendido.

Una vez electo en diciembre de 1998, con 56% de los votos, contra 34% de su más cercano contrincante y una abstención cercaba a 32%, Chávez —vestido de azul marino oscuro, camisa blanca y corbata roja— juramentó el 2 de febrero de 1999. Con la mano derecha sobre la Constitución de 1961 y frente al presidente saliente y su gabinete, diputados y senadores del Congreso de la Unión, los magistrados de la Corte Suprema, veinte presidentes y primeros ministros de países latinoamericanos, caribeños y otras naciones —incluido desde luego a Fidel Castro—, entre 50 delegados de Estado y de asociaciones internacionales, el comando militar mayor, invitados especiales y periodistas del mundo entero, dijo:

“Juro como presidente de Venezuela, sobre esta moribunda —se refiere a la Constitución de 1961— que la sustituiré y que cambiaré el sistema político y el Estado

de nuestra patria, para que estén verdaderamente al servicio de todos los venezolanos”.

Curiosamente esta última parte se convirtió, como muchas de las cosas que dice o que ha dicho Chávez, en uno de sus lemas más exitosos del régimen. El lema es: “Ahora Venezuela es de todos”.

Al entrar propiamente en el análisis de construcción del régimen chavista, es menester señalar que desde el inicio, él es el único que realmente manda en todas las esferas de la vida de la sociedad civil y política de Venezuela. No existe decisión que no sea tomada por él. No hay vida política, social, militar o civil que compita con él. En cierto sentido, no es solamente el más alto representante electo del pueblo y jefe de Estado, sino que él es el Estado, justo en el sentido en el que Luis XIV de Francia pudo declarar, 400 años antes, que él era Francia. Un representante de su movimiento —y ofrezco disculpas, porque siento pena ajena al citar esta frase—, un abogado constitucionalista dijo de él en un debate sobre la llamada reforma constitucional en noviembre de 2007: “El presidente se convierte en nuestra Constitución, en el sol que, firme en su centro, da vida al universo”. Esta cita es real, aunque entiendo que es un poco cursi.

Pero antes de mirar brevemente los pasos que, a mi modo de ver, conducen al neototalitarismo, me parece importante destacar que el proyecto del teniente coronel Chávez no es nuevo. Pienso que en realidad surgió cuando apenas formó sus primeras células subversivas, a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta. Su disfraz democrático en los años después de la cárcel, no fue más que una mentira de un mentiroso sempiterno. Los primeros años de su presidencia indicaban ya hasta qué punto Chávez estaba decidido a cambiar la esencia del espíritu democrático de la sociedad venezolana. Con esto, arribo a los pasos que conducen a este intento de neototalitario.

Paso uno: Chávez se apropia del Estado. Había prometido promover una nueva Constitución que sustituiría a la democrática de 1961. Empezó entonces a negociar con el parlamento, todavía en manos de representantes de partidos no-chavistas, y con la Corte Suprema el camino para discutirla y escribirla. Sin duda, tenía en ese momento el apoyo de aproximadamente 80% de venezolanos, y esa mayoría fue el argumento

convinciente, si tomamos en cuenta que la oposición no estaba en las mejores condiciones, por decir lo menos, para resistir a las propuestas de Chávez. De esta manera, logró forzar un referéndum, en abril de 1999, para convocar una Asamblea Nacional Constituyente. Al cambiar las reglas electorales, el Frente Patriótico alcanzó alrededor de 60% de los votos, 160 de los 160 curules en la asamblea constituyente; logró imponer su texto de la Constitución al ser aprobado por la Asamblea Nacional, y a mediados de diciembre de 1999 en un referéndum popular, con más de 55% de los votantes registrados y una abstención superior a 35%.

La Constitución contenía, además de la confesión de adherirse a todas las convenciones de derechos humanos y las promesas de la educación, trabajo, salud y vivienda para todos los ciudadanos, un concentrado y acentuado poder en el ala ejecutiva del gobierno, y particularmente en el presidente. Esto se ejemplifica más por el hecho de que la designación del vicepresidente ejecutivo debía ocurrir constitucionalmente, por el simple nombramiento del presidente, sin ninguna interferencia del parlamento. Había curiosos cambios en las relaciones entre el poder militar y el poder civil, el cambio de los periodos constitucionales de cinco a seis años y la posibilidad de reelección inmediata del presidente, mientras que en la constitución de 1961 se establecía que un presidente saliente debía esperar un periodo constitucional para presentarse otra vez como candidato. En un cambio de 2005, en la ley de las fuerzas armadas, Chávez creó adicionalmente un nuevo rango militar: comandante en jefe de las fuerzas armadas. Él lo había sido constitucionalmente como presidente, pero no en términos militares; ahora lo era también como rango militar. La conquista del Estado fue realizada con la designación de numerosos militares, activos y retirados, en muchas altas posiciones en la administración pública, burocrática y tecnocrática. En este preciso instante, de los 28 ministros del gabinete ejecutivo del presidente Chávez, 14 son militares activos; desde tenientes, como el ministro de la secretaría de presidencia, hasta generales de división, como el ministro de salud —que nunca ha estado en salud pública ni en medicina, pero que es ministro de salud; esto también ocurre con el ministro de alimentación, que es coronel de la fuerza aérea—. En las industrias propiedad del Estado, como la petrolera, igualmente los militares adquirieron muchas posiciones.

Hay muchas irregularidades en los procesos administrativos, voy a mencionar un par. Para el presupuesto anual, que debe ser aprobado por la Asamblea Nacional, el precio de los ingresos debe ser calculado bajo el precio de pago de un barril de petróleo, que está permanentemente subcalculado. En este año su precio está en 35 dólares, mientras que el precio real comercial es, en este momento, por encima de los 100 dólares. Estos excedentes entran a un fondo especial, administrado de manera exclusiva por el presidente; allí no se mete nadie, ni el contralor general de la república, ni la Asamblea Nacional. Otro ejemplo de las irregularidades de la administración pública es el hecho de que los ministerios, sobre todo los ministerios relacionados con los asuntos sociales, no han publicado, como es su obligación constitucional, las estadísticas de lo que está pasando en el país desde hace varios años. En el caso del Ministerio de Salud Pública, desde 2004, y en el caso de Ministerio de Interiores y Justicia sobre la Inseguridad Ciudadana, desde el año 2005, no existen estadísticas oficiales. Existen estadísticas de organismos internacionales como la CEPAL, la ONU y como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pero no estadísticas oficiales de gobierno.

Al presidente no le gusta reunirse con su gabinete, las comunicaciones son siempre entre él y cada ministro. El presidente tiene un pequeño *staff* de asesores incondicionales, localizado en el centro internacional de Francisco de Miranda, que está encabezado por un comunista tradicional marxista-leninista —de nombre Guillermo García Ponce— e incluye ideólogos de la izquierda tradicional como Marta Harnecker, el alemán Heinz Dieterich, y también *playboys* intelectuales como Ignacio Ramonet.

El segundo paso: la conquista de las masas. Esta conquista se realizó, básicamente, por medio de dos mecanismos. Primero por una propaganda que se hizo año tras año más unilateralmente. Chávez mismo dijo que él estaba buscando la hegemonía comunicacional y ha logrado que 65% de las noticias que salen en los periódicos, en los medios de comunicación tanto audiovisuales como impresos, vengan directamente o indirectamente del gobierno. Desde el 28 de mayo de 2007, Chávez mandó cerrar el más antiguo canal privado de televisión, que era crítico hacia él. Hoy en día, en la capital hay solamente tres canales privados, dos de los cuales defienden la línea política del gobierno, sobre la base de un acuerdo entre sus propietarios y el

gobierno que fue negociado por Jimmy Carter. De acuerdo con la ley venezolana, Chávez tiene la posibilidad de ordenar lo que nosotros llamamos cadenas nacionales; es decir, una unificación nacional de todas las estaciones de televisión y radio para transmitir información del gobierno y del Estado, que sea importante para los ciudadanos. Chávez usa y abusa de esta figura.

Paso tres: Chávez se apodera de la economía. Para hacerlo, lo primero era conquistar a PDVSA, la empresa estatal de petróleo, lo hizo en varias maniobras, pero lo logró a plenitud. Hoy en día, PDVSA es una empresa dedicada a cuanto cosa pueda imaginarse, desde la producción de maíz, zapatos, hasta la extracción y exportación de petróleo. Gracias a los altos precios del petróleo, el régimen obtuvo en los últimos diez años más de 750 mil millones de dólares, suma que no ha sacado de la pobreza a nadie, salvo algunos países amigos: Cuba, Bolivia, Nicaragua, Argentina... y a algunos compatriotas. Otro ejemplo es una comparación entre el precio del petróleo en el primer trimestre de 2007 y el primero de 2008. El precio del petróleo aumentó entre el primer trimestre de 2007 de 49.63 dólares a 89.21 dólares por barril en el primer trimestre del año 2008. Pero, al mismo tiempo, la deuda externa se eleva 48.5%, de 29 mil 843 millones de dólares a 44 mil 333 millones en el mismo periodo. Un colega, Gustavo García, lo ha puesto en esta forma: “el patrón es importar más, producir menos bienes y la aceleración de la inflación”.

Paso cuatro: Chávez y la oposición. Chávez tiene una piel extraordinariamente sensible frente a la oposición, a cualquier disidencia y a cualquier intento de resistencia. Su teoría política —si la tiene, como un sistema de pensamientos coherentes y las vinculaciones de ello— es muy similar a la de Carl Schmitt, uno de ideólogos del nacionalsocialismo alemán en los años treinta. Si alguien no está con él, está contra él —¿Suenan conocido? Bush dice lo mismo—. Esto ha producido una profunda polarización en la sociedad venezolana, ha destruido la sociabilidad del buen humor y la tolerancia en la cultura de todos los días; lo cual probablemente sea una de las peores consecuencias del chavismo.

Como en algunos otros movimientos totalitarios históricos, Chávez no incluye a la clase obrera organizada. La Confederación de los Trabajadores de Venezuela (CTV) y su presidente, Carlos Ortega, enfrentaron al gobierno desde el comienzo, en una

amplia alianza con una organización que representa a la burguesía nacional. De allí viene la famosa supuesta historia del golpe contra Chávez el 11 de abril de 2002. A su retorno a la presidencia, el 13 de abril, renunció al cargo, como informó el comandante en jefe del ejército, el general Lucas Rincón, a las 11:00 de la noche del 11 de abril, anunció: “Nosotros, los militares, le pedimos la renuncia”, la cual Chávez aceptó. Pues bien, nunca se ha visto un documento escrito y firmado por Chávez que declare esto, pero es curioso que el mismo hombre que en la noche 11 de abril dice haber renunciado, dos días más tarde nombrara a Rincón como ministro de la defensa.

Punto seis: Chávez y los procesos electorales. El chavismo mantiene que ha ganado entre ocho y doce procesos electorales, pero el número exacto depende del grado de fanatismo de quien informe. Muchos de esos fueron referéndums, elecciones regionales y locales. Hubo solamente tres procesos en los que Chávez mismo estuvo involucrado. El primero tuvo lugar en 2000, después de la aprobación de la nueva constitución. Una suerte de Congreso a modo y designado por la Asamblea Constituyente dio la orden de que todos los mandatarios electos debían reelegitimizarse en elecciones abiertas; esto es, ellos eran nuevamente candidatos. Una organización de la oposición, llamada Coordinadora Democrática, designó a Francisco Arias Cárdenas, el gobernador que en 1995 con su victoria, hizo a Chávez que se decidiera a postularse para la presidencia en 1998, y que al último se había separado de Chávez; pues bien, ese fue el candidato de la oposición. Y, desde luego, perdió contra Chávez.

La segunda vez en que Chávez mismo estaba en el tapete fue en el referéndum revocatorio de agosto de 2004. El procedimiento para estos referéndums revocatorios es complicado. Uno necesita un cierto número relativamente alto de firmas, pero es un proceso poco transparente, hasta tal punto que las listas en las cuales aparecían las firmas de los que habían pedido la revocatoria del presidente circulaban en Internet y también en la prensa. Todo esto lo facilitó, supuestamente, un diputado de la Asamblea Nacional, de nombre Luis Tascón, en un oscuro acuerdo. Y la tercera vez fue la reelección de Chávez en el año 2006.

Quinto paso: el proyecto geopolítico. Chávez ha utilizado el ingreso petrolero no solamente para garantizar la atención pacífica de las masas a su persona, y por lo tanto a su proyecto, sino que busca cimentar la parte geopolítica del mismo.

Comenzando con su casi histórico anti-americanismo, empezó a establecer relaciones con movimientos de Estados que compartían sus posiciones político-ideológicas. La primera, y probablemente la más importante, fue la relación con Cuba. En la prensa de hoy se anuncia que nuestro canciller está de visita en Cuba, que Cuba y Venezuela se han convertido en una sola nación. En todo caso, sin exageración, Venezuela es hoy para Cuba lo que fue la Unión Soviética —hasta su implosión en el año 1991— para la isla. Después Chávez muestra un intento de lograr una unificación latinoamericana, pero ese intento está cruzado por múltiples contradicciones del propio Chávez. Para comenzar, Chávez sacó a Venezuela de la Comunidad Andina de Naciones; trató de meter a Venezuela en Mercosur, asunto que hasta la fecha no ha tenido éxito; la sacó del grupo de los tres: Colombia, México y Venezuela. En otras palabras, ha sido un juego más de propaganda y más declaraciones públicas que de éxitos. Constituyó su propio grupo llamado Alba: Bolivia, Cuba, Nicaragua y Venezuela; se puede fácilmente intuir que Chávez, dentro de este grupo, desde luego, tiene la ventaja de su chequera petrolera y por lo tanto juega el papel de líder. Pero Chávez también ha establecido relaciones con una visión a más largo plazo, primero con Rusia —de la que es su principal cliente para la compra de armas en este momento—, segundo con Irán —que es una suerte de fraternidad contra Estados Unidos— tercero con China —comprador potencial de petróleo en caso de que Estados Unidos bloqueara la compra de petróleo a Venezuela— y finalmente con Siria —país con la cual mantiene la misma relación que con Irán.

Para cerrar, diré que la ideología del chavismo es una curiosa y potencialmente peligrosa mezcla de bolivarianismo —cosa que nadie sabe exactamente qué es, aunque se ve claro que se trata de un nacionalismo exacerbado—, un declarado marxismo-leninismo —cosa cualquiera que haya sido esto en el pasado, pensado en Stalin, Mao, Fidel Castro, Kim Il Sun, Ho Chi Min—, y por último el pensamiento propio de Chávez, cualquiera que sea su contenido, cualquiera que pueda ser dicho concepto.

Por un lado, Chávez representa, junto con el presidente de Bolivia, Evo Morales —quien fue fuertemente promovido por Chávez— una especie de panindigenismo latinoamericano, que implica la hipótesis de la superioridad de las poblaciones indígenas de la región en comparación con las poblaciones blancas. Pero, en algunos

de sus propios planteamientos y enunciados, y ciertamente como muchos de sus seguidores lo manifiestan, existen elementos antisemitas; esto se ve especialmente en su programa favorito de televisión, que pasan por el canal del gobierno del Estado, llamado “La Hojilla”. Sin duda alguna, Chávez trata de imponer toda esta mezcla tan rara de ideas en la sociedad venezolana por medio de una reforma educativa en la educación primaria y secundaria. Recientemente, como ustedes saben, ha fundado además el Partido Socialista Unido de Venezuela, que tiene una importante función, según él, en la educación de las masas en esta mezcla rara ideológica del régimen.

No voy a entrar ahora en uno de los más grandes problemas que nos aquejan, que es una corrupción de dimensiones inconmensurables, pero sé que nunca ha existido tal grado de corrupción en Venezuela como ahora. Claro, se puede decir que Venezuela nunca había recibido tanto dinero como ahora, pero este excedente de petróleo podría utilizarse también para mejorar la productividad de la economía venezolana, promover el desarrollo social y políticas públicas como de salud. Cosa que no ha ocurrido, a pesar de lo que el régimen afirma de sí mismo. Y como si todo esto todavía fuera poco, en la gaceta oficial de la República de Venezuela —de la República Bolivariana de Venezuela— acaba de aparecer una ley que crea una agencia de inteligencia y otra agencia contra la inteligencia, creó la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP) y el Ministerio de Relaciones Interiores de Justicia y la Dirección de Inteligencia Militar desaparecen.

Repito que el título de mi intervención está entre signos de interrogación, ya que yo mismo pertenezco a lo que pudiera llamarse la disidencia, es decir, no estoy con Chávez ni con el chavismo, y pienso que el camino que ha tomado conduce a un nuevo totalitarismo. Un totalitarismo, no de campos de concentración sino más bien un totalitarismo como el descrito en la novela de George Orwell, *1984*. Voy a concluir con una advertencia de Hannah Arendt, que a mi juicio nunca perderá su vigencia:

Lo que en nuestro contexto resulta decisivo es que el gobierno totalitario resulta diferente de las dictaduras y tiranías; la capacidad de advertir esta diferencia no es en manera alguna una cuestión académica que pueda abandonarse confiadamente a los “teóricos” porque la dominación total es la única forma de gobierno con la que no es posible la coexistencia.